

## VIDAS EJEMPLARES

LUIS  
VENTOSO

## CAZADORES

## Sus trofeos son la libertad, la cultura y la tradición

A pesar de la pataleta del Brexit, que no ha estado a su altura, Inglaterra conserva sus hechuras de gran país. Muchas veces se capta en detalles cotidianos. Visitando la National Gallery, la gran pinacoteca de Trafalgar Square, me vi adelantado por un pelotón de colegialas de nueve o diez años, blancas, asiáticas, negras, un crisol igualado por el clásico uniforme de corbatita y escudo. Las pastoreaba una profe joven, pálida y de pelo pajizo, que les enseñaba el museo con un entusiasmo llamativo (al menos en comparación con los abúlicos maestros que tan poco contribuyeron a desasnarme allá en mi infancia). Nos hallábamos en la sala 29, dedicada a Pedro Pablo Rubens, el genio barroco del XVII. El cuadro que mandaba en la estancia era el vistoso «Juicio de París», con el hijo del Rey de Troya ante tres diosas de una lozanía desbordante y despelotada, muy al pícaro gusto del maestro flamenco. Pero la profesora no se detuvo allí, sino frente a un pequeño óleo en tabla de roble, casi un esbozo, titulado «La caza del león». El cuadrito, que denota el extraordinario dibujante que fue Rubens, resulta muy moderno, por su aire inacabado y la emoción y dinamismo que desprende. Jinetes alanceadores se batían con dos leones en una escena dantesca, con una de las fieras desgajando el hombro de un cazador. Puse la oreja un rato. Con ritmo y criterio, la señora situó la obra en su contexto, explicó que era el póstico de la gran serie de cuadros de caza de Rubens, e hizo saber a las niñas por qué es un artista tan importante. Esa educación persuasiva, ese afán por enraizar a los pequeños en el gran tronco del saber occidental, me hizo admirar una vez más a Inglaterra.

Cruzando la puerta se llega a la sala de Velázquez, con su soberbia «Venus del espejo». Pero se suele reparar menos en el curioso cuadro velazqueño que mira desde enfrente al primoroso trasero venusiano. Se titula «La tela real» o «La caza del jabalí». Don Diego recrea la cacería del guarro salvaje en la corte de Felipe IV, que se celebraba en un amplio terreno cercado con tela. Con sus estampas cinegéticas, dos titanes de las artes prestaban su atención a una actividad indisociable de la memoria del hombre, crucial en su supervivencia y desarrollo, que con los siglos se ha ido estilizando hasta convertirse en tradición, cultura, deporte y hasta cuidado del medioambiente (quien haya tratado con cazadores lo entenderá).

Sabios como Felipe Fernández-Armesto han teorizado sobre cómo la caza contribuyó a la evolución de nuestra especie, pues obligó al hombre, un animal desvalido, a desarrollar sus facultades de imaginación y anticipación para ganar la lid a bestias muy superiores. Hoy, su práctica reglada sigue evocando nuestro código ancestral y al tiempo honra al animal, pues nadie lo ama más que el cazador. Un mecanismo similar opera en la fiesta de los toros, una revisión estetizante del mito neolítico en que el hombre domeña a la fiera.

Pero ha surgido un nuevo clan de cazadores. Sus presas son la tradición, nuestra cultura y, sobre todo, nuestras libertades, que en cierto modo simbolizan la caza y los toros. Algo bueno late ahí cuando tanto repugna a la intransigencia.